

HOGAR BAJO SU GRACIA

DE KARLA DE FERNÁNDEZ

BH
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
1. Un retrato a la realidad	21
2. Mujer virtuosa – parte I	45
3. Mujer virtuosa – parte II	81
4. Maternidad enfocada en hacer discípulos	111
5. Vida en pareja	145
6. Amar a mi esposo incrédulo	171
7. Mamás en acción	203
8. Una instrucción valiosa	219
9. Hogar bajo Su gracia	237
10. Una carta a mis hijos	261

PRÓLOGO

Este libro debe ser leído por todas las mujeres casadas que quieren agradar a Dios en sus vidas. Es un libro práctico que retrata tu corazón y lo compara con el corazón que Dios quiere que tengamos.

Sócrates dijo: «Una vida no examinada no merece ser vivida». Sin embargo, la velocidad en que el mundo moderno vive imposibilita una evaluación válida y entonces, el príncipe de este mundo nos mantiene cegadas. Hace solamente 50 años la cosmovisión secular aceptaba los valores cristianos como buenos y válidos, aunque la mayoría no los vivía. Sin embargo, esto no es el mundo en que vivimos hoy.

Hay un rechazo total y son ridiculizados y considerados anticuados. En la cosmovisión moderna, ambos el hogar y la maternidad han perdido su relevancia y su significado con una inversión de valores y por tener una vista corta de la realidad. Para el mundo la realidad es el aquí y ahora y por ende la autorealización con una profesión, el éxito es más importante que levantar una familia que agrada a Dios. La familia moderna es para agradarme a mí misma.

Este libro nos ayuda a vivir contracultura, a ver el valor eterno en los oficios diarios con nuestros esposos e hijos. Dios ha llamado a las mujeres a levantarse por encima de la cultura invirtiendo en lo que durará para la eternidad y Karla nos ayuda a mantener nuestro enfoque en los beneficios divinos para nuestras almas y las de nuestra familia.

El libro es fácil de leer a pesar de tener profundidades bíblicas. Karla tiene un buen dominio de la Escritura y demuestra sabiduría en su aplicación al diario vivir. En cada página se pinta nuestra realidad en el hogar mientras nos dirige a la realidad eterna. Al mismo tiempo ella tiene mucho discernimiento sobre el corazón engañoso, demostrándonos los errores en cómo pensamos y en una forma humilde nos confronta sin dejarnos sentir ofendidas. La verdad es lo que nos confronta, no ella. Al leer el libro uno siente cómo tiene una hermana y mentora en la fe que está compartiendo lo que el Señor le ha enseñado.

La vida cristiana no es solamente hablar sobre el evangelio sino vivirla, y en cada ejemplo, Karla nos da ejemplos prácticos de cómo experimentarla. A través de múltiples versículos e historias bíblicas ella nos reta para evaluar nuestro corazón con el fin de que podamos vivir exclusivamente para la gloria de Dios.

Aunque Karla usa muchos versículos bíblicos para documentar sus enseñanzas, los versículos que resumen lo que ella ha escrito son Romanos 12:1-2: «Por consiguiente, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable a Dios,

enseñanzas y su calidez humana. Qué gran privilegio poder recibir de parte suya todo el apoyo para que esta publicación sea de ánimo y edificación para las mujeres que anhelan edificar un hogar cristocéntrico.

Debo agradecer también a todos aquellos que me han brindado la oportunidad de servir en algún ministerio en línea. Gracias a mis hermanos Manny Betances, Daniel Puerto (Soldados de Jesucristo), Vilma de Méndez (Conectadas para Su Gloria), César Custodio (LifeWay Mujeres), Patricia de Namún (TGC), gracias por permitirme servir en esto que tanto me apasiona hacer: escribir sobre el Dios que me adoptó como hija.

Agradezco también a mis amadas amigas, hermanas y compañeras de milicia del grupo de oración «Soy amada», gracias por sus oraciones, por sus lágrimas, sus testimonios, por sus enseñanzas y por ser parte de todo este sueño. Gracias, chicas, están en mi corazón.

Y, por último, gracias a ti, Jorge Carlos, mi amado «señor F», gracias por animarme a escribir sobre el hogar, gracias por creer en mí, por ser perdonador, por cada mensaje escrito, por todo tu amor y por encontrar siempre alguna forma de hacerme saber que me amas.

Gracias por todas tus oraciones, tus abrazos y el café calientito. Mientras escribía, lloraba al darme cuenta de lo hermoso que ha sido Dios al darme la oportunidad de nutrir el corazón de nuestros hijos y edificar un hogar que le agrade. Cuánto necesitaba escribir todo esto en un libro, hizo mucho bien a mi alma y tú lo sabías. Gracias mi cielo, te amo.

INTRODUCCIÓN

PÁGINA 1 DE 365

Justo ayer por la noche leía una publicación en Facebook que decía: «No puedo esperar a leer en los muros de mis amigos la frase: página 1 de 365...».

Y, precisamente hoy, 1 de enero del 2018, inicio mi página 1 del libro en el que he estado meditando y orando para escribir este año.

¿Por qué escribir un libro que hable de la vida diaria de una mujer que es ama de casa? La razón es muy sencilla: para mostrar la belleza del rol que Dios diseñó para la mujer y para que lo podamos amar, abrazar y vivir de tal manera que glorifique a Dios dentro del hogar que estamos edificando y, si está dentro de su voluntad, también con los hijos que Él haya destinado para que nosotras criemos. En esta cultura posmoderna donde todo está enfocado en el empoderamiento de la mujer y en dejar de lado el rol de ser mamá, esposa y ama de casa, se hace necesaria una evaluación personal como mujer creyente para saber si nos hemos alejado del diseño original de Dios para nosotras, y regresar entonces al plan que Dios tuvo desde un inicio.

Nos necesitamos mutuamente porque es muy posible que muchas de nosotras enfrentemos situaciones en las que requerimos ánimo, confrontación, oración y dirección porque no siempre sabemos cómo hacerlo. Quizás no tenemos a quién recurrir por consejo o nos da un poco de vergüenza o temor pedir ayuda en determinadas áreas, sobre todo cuando tenemos algunos años de casadas y hemos pasado pruebas a solas en nuestro matrimonio. Quizás nuestros hijos están pequeños y nos sentimos abrumadas o, por el contrario, nuestros hijos ya crecieron, y al pensar que cometimos tantos errores en la crianza creemos que ya no hay solución. Puede ser también que no busquemos consejo porque somos cristianas de muchos años y seguimos con las mismas luchas de tiempo atrás, optando así por callar y guardarlas en nuestro corazón.

Dicen por allí que la vida de una mujer que es ama de casa es muy sencilla, con tiempo para ver telenovelas, salir al café con amigas, gozar de tiempo extra para la recreación, sin muchas obligaciones. Y aunque en ocasiones todo lo anterior puede ser cierto, esa no es la meta diaria, ni tampoco es toda la realidad.

Todas las mujeres, en sus diferentes facetas y etapas de la vida, necesitamos a Dios y Sus enseñanzas vitales. Por eso me he preguntado muchas veces en nuestro rol como esposas, madres y amas de casa, ¿cómo sabemos lo que Dios tiene y quiere para nosotras y para nuestra familia? La respuesta puede parecer evidente, pero muchas veces la olvidamos. El Señor nos ha dejado Su Palabra para responder esa pregunta.

CORAM DEO

Tú y yo necesitamos conocer cada vez más a Dios y saber que siempre, en todo lo que hacemos, el Señor está presente. Como decía el pastor y teólogo R. C. Sproul: «Vivir Coram Deo es vivir toda la vida en la presencia de Dios, bajo la autoridad de Dios y para la gloria de Dios».¹ Nuestra vida debe reflejar que somos hijas de Dios y que somos transformadas a la imagen de Cristo. No obstante, surge otra pregunta: ¿Cómo se da esa transformación? Y también, ¿dicha transformación es solo para algunas o para todas?

La realidad es que todo esto es un proceso. Nosotras no podemos ser transformadas de la noche a la mañana y tampoco podemos hacerlo por nuestra cuenta. Por más buenas intenciones que tengamos, necesitamos que alguien más poderoso que nosotras transforme nuestro corazón. Necesitamos el evangelio: las buenas noticias de salvación que nos liberan del pecado. Necesitamos a Cristo y Su gracia día a día.

El evangelio se trata de Jesús, de cómo se entregó a sí mismo para morir en una cruz y reconciliarnos con Dios. Fue por gracia, es decir, mediante la liberación dada por Dios para aquellos que hemos pecado y que merecíamos Su ira y la misma muerte. No teníamos esperanza. Ninguna. No había nada que pudiéramos hacer para cambiar esa condición de condenación, pero el Señor nos dio vida juntamente con Cristo y nos extendió Su misericordia, Su gracia, Su amor y Su bondad.

1. <https://www.ligonier.org/blog/what-does-coram-deo-mean/>

Fue Él quien nos buscó porque ninguna de nosotras éramos capaces de salvar nuestra vida de la perdición eterna. A los ojos humanos podría parecer que podíamos hacer algunas cosas que nos darían la entrada al cielo, pero nada, absolutamente nada de lo que hagamos, sería suficiente para entrar al reino de Dios por nuestros méritos propios.

Alguien tuvo que pagar para darnos vida, ofreciéndose en sacrificio por nosotras para el perdón de nuestros pecados y nuestra maldad. Jesucristo fue alguien perfecto, sin mancha, santo y nuestro único y suficiente Salvador.

«Y *Él os dio vida* a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo según la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros en otro tiempo vivíamos en las pasiones de nuestra carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás. Pero Dios, que es rico en misericordia, por causa del gran amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos en *nuestros* delitos, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia habéis sido salvados), y con *El nos* resucitó, y con *El nos* sentó en los *lugares* celestiales en Cristo Jesús, a fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su gracia por *su* bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia

habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, *sino que es don de Dios*; no por obras, para que nadie se gloríe».

Efesios 2:1-9, LBLA

El sacrificio de nuestro Señor Jesucristo nos ha dado la hermosa oportunidad de tener acceso a Dios Padre. Cuando realmente nos arrepentimos de todos nuestros pecados y creemos que nosotras merecíamos esa muerte en la cruz, y que Él tomó nuestro lugar y se entregó como pago por nuestros delitos y pecados, Dios nos perdona y nos da la salvación eterna en Cristo.

Esas son las buenas noticias: Dios nos ve ahora, al creer en Cristo, como si nunca hubiéramos pecado, como si siempre hubiéramos sido obedientes a Él. ¿No es esto un regalo maravilloso? Solo necesitamos creer en Él y en Su sacrificio, en que Dios ha sido bueno al darnos un único camino a la salvación a través del arrepentimiento y la fe en Cristo. Todo eso es un regalo incomparable. Por eso el apóstol Pablo fue tan enfático al decir: «Porque por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, *sino que es don de Dios*» (Ef. 2:8, LBLA).

El mensaje del evangelio es muy sencillo, pero alguna de ustedes podría pensar que debe ser muy difícil llevarlo a la práctica. Por eso, las buenas noticias también incluyen lo siguiente: Una vez que el Señor nos hace Sus hijas y nos torna en nuevas criaturas, entonces nos convertimos en la morada del Espíritu Santo, somos selladas para siempre con Él y es nuestra garantía, asegurando que somos hijas de Dios.

«En Él también vosotros, después de escuchar el mensaje de la verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados en El con el Espíritu Santo de la promesa, que nos es dado como garantía de nuestra herencia, con miras a la redención de la posesión *adquirida de Dios*, para alabanza de su gloria».

Efesios 1:13-14, LBLA

Ahora con el Espíritu Santo morando en nosotras, Dios comienza a hacer Su obra día a día; nos va puliendo, transformando y santificando; es decir, nos parecemos cada vez más a Cristo y vivimos de una manera que honra y glorifica a Dios. Dependemos totalmente de Su gracia para vivir la vida cristiana. ¿Qué significa realmente la palabra gracia? El pastor John Piper lo explica de manera bastante clara:

«La gracia no es simplemente indulgencia cuando pecamos. La gracia es también lo que nos da el poder de no pecar, lo cual es un regalo de Dios. La gracia es poder, no solo es perdón».²

Este proceso de santificación dura toda la vida. La gracia con la cual Dios nos trata es la que nos ayuda un día a la vez, nos alienta a seguir, produce en nosotras un anhelo de agradecerle y, sobre todo, nos da la confianza para buscarle y tener una

2. <https://www.desiringgod.org/articles/grace-is-pardon-and-power?lang=es>

relación cercana con nuestro Padre celestial. Es esa misma gracia la que nos muestra la realidad del pecado en nuestras vidas y nos lleva a confesarlo para levantarnos una vez más y dejar atrás todo lo que nos aleja de Dios.

Necesitamos recordar cada día que no somos *nada* sin Cristo y que no podemos hacer nada lejos de Él. No podemos hacer nada sin Su gracia que nos permite acercarnos con libertad ante Su presencia por Jesucristo, nuestro Señor. Si amamos a Dios y queremos ser una esposa, mujer, madre y ama de casa que glorifique a Dios, no podemos lograrlo apartadas de la gracia de Dios.

«Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para vosotros, a fin de que teniendo siempre todo lo suficiente en todas las cosas, abundéis para toda buena obra».

2 Corintios 9:8, LBLA

Quisiera reiterar todo lo que he estado diciendo hasta este momento. El evangelio se trata de Cristo, de Dios amando a Su pueblo y salvándolo de Su propia ira, capacitándolo para la vida eterna con Él. Nuestra vida depende de Él y por eso lo necesitamos en cada momento mientras estemos en este lado de la gloria. Necesitamos la gracia de Dios para vivir cada día agradándole y haciendo Su voluntad en todo momento, en los días felices y en los días grises, en los días donde hay risas y en los que hay aflicción.

Dios ha prometido estar con nosotras todos los días hasta el fin del mundo (Mat. 28:20). El evangelio nos permite vivir cada día en victoria, recordando la obra de Dios, dependiendo de Su gracia, haciendo nuestras Sus promesas y gozando de Sus prodigios y milagros que nos dan esperanza para el porvenir.

Si eres una hija de Dios que goza de Su gracia, entonces muestra la belleza del evangelio en tu hogar, haciendo evidente que Dios está presente en todo lo que haces, «porque en él vivimos, y nos movemos, y somos» (Hech. 17:28).

Es mi oración que cada vez más nos adentremos en la Palabra de Dios, que conozcamos en profundidad a nuestro Creador, que aprendamos a mirarlo en cada etapa de nuestra vida y en nuestro diario vivir, y que tengamos nuestra fe y esperanza puesta en Él todo el tiempo.

«Que por medio de El sois creyentes en Dios, que le resucitó de entre los muertos y le dio gloria, de manera que vuestra fe y esperanza sean en Dios».

1 Pedro 1:21, LBLA

Este libro ha sido escrito para que tú y yo, que estamos en la etapa de maternidad y que somos esposas y amas de casa, podamos reflejar el diseño que Dios nos ha dado, para que en cualquier circunstancia que nos toque vivir podamos glorificar a nuestro Dios y para que las promesas del evangelio de Su gracia sean reales, visibles y *deseables* para quienes nos rodean.

Seamos mujeres que aman, abrazan y deciden vivir la vida como Dios la diseñó para gloria de Su nombre, todo el tiempo y todos los días de nuestra vida.

Gracias por acompañarme en este viaje. Caminemos juntas con Dios... *en Su gracia.*

A handwritten signature in black ink that reads "Karla". The lettering is cursive and fluid, with a long, sweeping tail on the final letter.

1

UN RETRATO A LA REALIDAD

El mundo presenta un cierto tipo de mujeres modernas de tal forma que todas desearían ser como ellas; incluso algunas mujeres que se reconocen como cristianas han sido seducidas por ese «glamoroso» estilo de vida. He notado que en programas de televisión, comerciales, revistas y redes sociales se presenta a la mujer moderna en sus diferentes facetas de una forma particular. Quizá las has visto tú también y es posible que seas una de ellas. Mujeres que son profesionales, madres de familia, amas de casa, choferes de los hijos, miembros de la sociedad de padres del colegio y socias activas del gimnasio (muy importante en la cultura de hoy en día), haciendo todo eso con un maquillaje y una vestimenta perfecta e impecable. ¡Ah! Y también algunas de ellas son esposas de un hombre maravilloso, quien nunca se queja o *da lata* porque está bastante ocupado en los negocios de la empresa que lidera.

Sin embargo, yo me he preguntado muchas veces, ¿será esa la realidad? Vaya, no dudo que existan mujeres así, que puedan darse el tiempo y hacerlo todo de manera perfecta; aunque, para ser sincera, yo no he conocido a una sola de ellas.

Cuando termino de ver esos programas, pienso, ¡caray! Y yo que paso dos a tres horas lavando la ropa justo después de hacer limpieza en toda la casa y antes de comenzar a hacer la comida para luego ir por los niños y regresar a tiempo para que aún esté caliente la sopa. Claro, no podría hacer todo eso en traje sastre color azul pizarra y con tacones de 12 centímetros. No hay duda que sería una pésima actriz de reparto en una serie televisiva de «la esposa ideal».

Aunque, siendo sinceras ¿a quién de nosotras le gustaría tener un día—solo un día—viviendo como ese prototipo de mujer, esposa, ama de casa perfecta? Sí, así como lo muestran las revistas y los canales de cable del hogar, con una perfección total. Verlo como posibilidad y hasta desearlo no es malo en sí mismo, pero si comenzamos a convertirlo en una obsesión, a anhelar tenerlo solo para demostrar a otros lo fantásticas que somos o incluso a nosotras mismas, debemos tener mucho cuidado de no estar formando un ídolo en nuestro corazón.

ÍDOLOS DEL CORAZÓN

Juan Calvino decía que: «El corazón humano es una fábrica de ídolos». Un ídolo es toda cosa, persona o actividad que capture

nuestro corazón, nuestra mente, nuestros anhelos y deseos más de lo que anhelamos y amamos a Dios y Su presencia.

Parece un sueño que puedas pasar 10 horas al día con tus hijos en edad preescolar siempre *impecables*, sentados a la mesa con buenos modales, que ninguno de ellos haga una rabieta porque el hermano le quitó el último trozo de pan del plato, que tu cabello no parezca el de Medusa y Perseo, y claro, que tu hogar siga pareciendo un museo porque está tan perfecto y ordenado.

Repito, no es malo anhelar hacer mejoras en nuestro hogar. No es malo que tratemos de tener un espacio acogedor, limpio, con hijos educados y que estemos listas y presentables para nuestro esposo. Todo eso no es malo en absoluto. Ahora, eso sí sería malo si es que hemos comenzado a anhelar con fuerza todo eso por el solo hecho de querer cumplir con todas esas expectativas que el mundo nos presiona a vivir como ideales, más que el estar cumpliendo la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

Fuimos creadas para la gloria de Dios (Isa. 43:7) y para vivir de una manera que le honre y le glorifique, pero si todo ello está siendo descuidado por tratar de cumplir la agenda que nos presentan mujeres que no se basan en la Escritura, entonces estamos poniendo nuestra mirada un tanto lejos de Dios. ¿Será esa actitud como la que Pablo reprochó a sus discípulos de Galacia?

«Porque ¿busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O me esfuerzo por agradar a los hombres? Si yo todavía estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo».

Gálatas 1:10, LBLA

La exhortación de la Palabra para que no nos dejemos seducir por los estándares del mundo es que nuestra mirada esté siempre puesta en lo eterno. Como cristianas, no debemos ver la vida de forma horizontal, sino vertical: puestos los ojos en lo eterno. Después de todo, nuestro destino es la eternidad y para ello nos preparamos. Así, nuestro hogar (nuestra familia) es el primer lugar donde deberíamos mostrar, aplicar y vivir lo que hemos aprendido en la Palabra de Dios.

Ahora tenemos que responder con mucha sinceridad una pregunta muy importante: ¿Cómo darnos cuenta si estamos idolatrando algo? Es doloroso descubrir que hemos fabricado un ídolo de algo que creemos que es necesario tener o hacer. Y en esta época donde las redes sociales ejercen tanta presión con las fotos perfectas de la comida, las tareas, la cocina y todo lo bello de *Pinterest*, es muy fácil que como amas de casa desviemos la mirada y terminemos enfocándonos solo en lo terrenal y olvidemos lo esencial.

Quizás ha llegado el tiempo de evaluar nuestras motivaciones y examinar nuestros corazones para ver si hemos creado un ídolo en nuestro corazón. Y si lo encontramos, debemos ir sin tardar directo al trono de la gracia de Dios

para pedir perdón y pedirle que reoriente nuestros deseos y anhelos conforme a Su corazón y voluntad.

¿Te identificas con lo que digo? Aun sin quererlo, es posible que muy dentro de tu corazón hayas formado un ídolo: de esposa perfecta, de madre heroína o de mujer ideal en todo sentido. Y cuando enfocas todo eso en tu corazón, es muy probable que Dios haya sido desplazado del primer lugar. Ha llegado el momento de hacer un alto y buscar Su perdón.

No pienses que eso te pasa solamente a ti. Esa es la realidad del mundo en el que vivimos. Siempre escucharemos muchas voces que nos dirán qué es lo mejor para nosotras como mujeres. Son muchas voces que intentarán llevarnos lo más lejos posible del diseño original de Dios para la mujer. Ese diseño que nos ha sido dado desde la creación. Si solo le prestamos un poco de atención a esas voces, pueden llevarnos a una enorme desviación que termina en desastre.

¿Recuerdas a Eva? ¿Cómo fue creada? ¿El engaño que sufrió por parte de la serpiente? Nosotras no somos más inteligentes que ella. De hecho, no somos diferentes. Así como ella prestó atención a la voz de la serpiente en el huerto y fue engañada, también nosotras podemos prestar nuestro oído y ser engañadas en la actualidad, y con ello desviar a nuestro esposo e hijos y hacer colapsar nuestro hogar.

Necesitamos conocer más acerca de nosotras y del por qué es que nos cuesta tanto trabajo desempeñar nuestro rol y diseño tal como Dios lo dispuso en un principio. Necesitamos saber lo que pasaría si nos alejamos de Dios, porque somos

mujeres hechas a Su imagen; amas de casa que desean edificar un hogar para Su gloria y en Su gracia.

Considero vital que sepamos cómo se distorsionó el diseño que Dios nos dio, entendiendo primero cuál fue el diseño original y luego cómo fue afectado después de la caída. Así entenderemos un poco más y mejor acerca de nuestro rol y el de nuestro esposo, y también sabremos cómo es que esa distorsión afecta nuestro diario vivir, el matrimonio y la maternidad. Para conocerlo debemos ir al principio, a la creación, que nos muestra el plan original de nuestro gran Dios.

EN EL PRINCIPIO

Las características de la mujer son únicas. Cada mujer ha sido diseñada para cumplir un rol, un propósito establecido. Somos muy distintas al varón en lo físico, lo emocional, lo intelectual, lo hormonal y en muchos otros factores. Nuestro cuerpo ha sido diseñado de una manera perfecta para cumplir el propósito de Dios y, aunque diferentes al varón, hemos sido creadas con el mismo valor. Aunque tenemos funciones distintas, nos complementamos el uno al otro. La sociedad contemporánea enfatiza que somos iguales al varón en *esencia*, que podemos desempeñar el mismo rol que ellos y que quizás hasta podríamos hacerlo mejor. Sin embargo, no es el plan original de Dios que seamos iguales al hombre en su *esencia*, sino en *valor*. No es nuestro diseño ni nuestro rol el ser iguales al hombre, sino complementarnos mutuamente.

Nuestro amoroso Dios no nos dejó en tinieblas en cuanto a nuestro diseño porque todo está escrito en Su Palabra. Él nos planeó desde antes de la fundación del mundo. Él diseñó a un hombre y una mujer para tener descendencia (Mal. 2:15). Con gran sabiduría diseñó el género de cada uno, su propósito, su diseño y su rol.

Si estudiamos el Libro de Génesis nos daremos cuenta del lugar que Dios nos dio a cada uno, como varón y hembra, descubriendo las diferencias entre uno y otro; diferencias que en el plan maravilloso y soberano de Dios nos complementan a la perfección para que ambos cumplamos con Sus planes y propósitos divinos.

De la creación de Adán podemos aprender que:

- Fue el primogénito. Dios lo creó primero a él del polvo de la tierra (Gén. 1:26).
- Adán no fue creado dentro del huerto, sino que fue colocado en él para gobernarlo (Gén. 2:7-8).
- Se le dio la tarea de trabajar y labrar el huerto (Gén. 2:15).
- Recibió instrucciones espirituales de obediencia a Dios (Gén. 2:16-17).
- Se le encargó la tarea de dominar, liderar y dar nombre a las especies creadas (Gén. 2:18-20).

Dios vio que el hombre estaba solo y dijo que eso *no era bueno*. El Señor preparó a Adán al mostrarle cómo en la creación todos tenían una pareja con la que podían reproducirse,

pero Adán vio que ninguna de las especies lo complementaba (Gén 2:20).

Entonces nuestro Dios amoroso creó para él su ayuda idónea. Esa mujer que le ayudaría a cumplir el propósito para el cual fue creado. Y después de que lo hizo, el Señor les dijo:

«Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra».

Génesis 1:28, LBLA

Ambos nos complementamos. La mujer fue creada de manera diferente y en un tiempo diferente. Dios creó a cada uno con mucha sabiduría y amor.

De la creación de la mujer aprendemos que:

- Fue creada del cuerpo del hombre, no del polvo como Adán (Gén. 2:22).
- Fue creada en un tiempo diferente al varón y dentro del huerto del Edén.
- Tiene otro rol, pero es igual en dignidad y valor.
- Ella le fue dada a Adán; fue traída para él.

Cada uno fue creado por un Dios sabio y con gran detalle. A cada uno le dio una identidad diferente a la del otro, de manera que ambos se complementan. La Biblia narra así ese maravilloso suceso:

«Entonces el Señor Dios hizo caer un sueño profundo sobre el hombre, y éste se durmió; y Dios tomó una de sus costillas, y cerró la carne en ese lugar. Y de la costilla que el Señor Dios había tomado del hombre, formó una mujer y la trajo al hombre. Y el hombre dijo:

Esta es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ella será llamada mujer, porque del hombre fue tomada».

Génesis 2:21-23, LBLA

Dios formó al varón del polvo de la tierra. Lo detalló, le dio identidad y de la misma manera detalló a la mujer. Cada parte de su cuerpo fue perfectamente planeado y diseñado para cumplir con su propósito. Ella, al igual que el varón, fue creada a la imagen y semejanza de Dios. Ambos tienen dignidad, valor y su lugar en la creación.

No fuimos hechos al azar, ni tampoco en serie. Dios nos ha hecho únicos e irrepetibles y con un enorme valor personal. ¿No es esto algo admirable? Somos una creación que Dios ama y somos hechos para Su gloria.

A las mujeres nos dio la capacidad de ser ayuda al varón. Y, aunque el hombre fue perfectamente creado por Dios, estar solo no era bueno; Adán estaba incompleto.

«Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él».

Génesis 2:18

Desde un inicio Dios nos diseñó para ser esa ayuda idónea al varón, para complementarlo y ayudarlo a cumplir el propósito para el cual fue creado. Dios ha depositado en cada una de nosotras habilidades y talentos que enriquecen nuestra vida, pero también la vida de nuestro esposo y la de nuestros hijos. Quizás al leer o escuchar que fuimos diseñadas como *ayuda idónea* pensemos que estamos entonces en un nivel inferior al varón, pero no es así.

La traducción para ayuda idónea es la palabra hebrea *ézer kenegdó*, que literalmente significa «Ayuda que corresponde con lo que está frente a él».¹ Tiene el sentido de una ayuda «adecuada» o «comparable» al hombre. El término *ézer* nunca se usa para describir al hombre en su relación con la mujer. Sin embargo, se utiliza para describir la relación de Dios con la humanidad (Ex. 18:4; Deut. 33:7; Sal. 54:4). No implica superioridad ni inferioridad. No tiene nada que ver con valía, sino que describe una función. Ayudar a alguien no te hace menos valiosa. En realidad, dicha función sugiere el desarrollo de una relación productiva y cautivadora.

Conocer el significado de la palabra *ézer* y con qué frecuencia hace alusión a Dios como nuestro ayudador, quien nos alienta y nos sostiene, debe animarnos a depender cada día de Su gracia para proveer ayuda a nuestro esposo, y juntos como matrimonio glorificar a Dios.

Eva fue creada para ser esa ayuda idónea, pero fue engañada. Escuchó la voz del que le prometía saber el bien y el

1. *Biblia de Estudio para mujeres*, (Nashville: B&H Español, 2017), p. 6.

mal. La voz que la sedujo y que *atrapó* su atención al hablarle de los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida (1 Jn. 2:16). Génesis 3 nos muestra cómo Adán y Eva, quienes estaban juntos en el jardín disfrutando del paraíso y de la presencia y comunión con Dios, decidieron ser independientes de Él. Desobedecieron y quebrantaron Su ley, los límites que Él de forma soberana había establecido para Sus criaturas.

Eva desvió su mirada y le creyó a quien parecía tener un plan mejor que el de Dios. Le creyó a un animal; a la creación, en vez de al Creador. Ella fue engañada y pecó. Esa historia no es solo una del pasado, ya que, ¿no es así como esas voces del mundo nos llegan a nosotras hoy día? Cuántas veces hemos escuchado decir: «Sí, Dios señala que esto no te conviene, pero no lo sabrás si no lo intentas». Eva accedió a comer del único árbol que Dios había prohibido. ¿Por qué accedió a quebrantar el mandamiento de Dios si tenía todo para ser feliz y plena y para cumplir el propósito por el cual había sido creada? Mira lo que Génesis 3:6 indica y verás que incluso hoy seguimos teniendo esa misma tentación:

«Cuando la mujer vio que el árbol era **bueno para comer**, y que era **agradable a los ojos**, y que el árbol era **deseable para alcanzar sabiduría**, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió».

Génesis 3:6 (énfasis agregado)

Ella tuvo que haber examinado bien el fruto antes de comerlo. Sabía que no debía hacerlo porque Dios lo había ordenado. Él había dicho que del árbol del bien y del mal no podían comer. De la misma manera, cuando estamos ante una tentación y sabemos que nos llevará a pecar, nosotras pretendemos razonar. Nos tomamos el tiempo para examinar lo que tenemos delante de nuestros ojos y de alguna forma justificar la decisión que tomaremos: «No debe ser tan malo si todo el mundo lo hace y vive sin pena ni culpa. ¿Y si solo lo pruebo una vez? ¿Qué tanto es tantito?».

Eva vio que el fruto era *bueno* para comer, deseable y quizás hasta *necesario*. «Lo necesito para mí [...] eso me hará bien». El pecado nos llenará los ojos porque siempre se nos presenta como algo que nos hace falta y que llenará el vacío que tenemos en ese momento. Eva deseó el fruto porque pensó que así sería mejor ella misma y obtendría lo que creyó que le hacía falta. Pero esa decisión era una rebelión total contra Dios, y no solo eso, sino que también lo compartió con su esposo a quien asimismo hizo pecar. Nuestros pecados no solo nos afectan a nosotros, sino que desafortunadamente, alcanzan también a quienes amamos. Ahora ambos habían pecado y aunque seguían habitando en el huerto del Edén, algo había cambiado en su imagen. La imagen de Dios en ellos había sido distorsionada, cambiada, dañada.

¿Qué sucedió después?

«Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; y cosieron hojas de higuera y se hicieron delantales».

Génesis 3:7, LBLA

Sus ojos fueron abiertos. ¿Abiertos a qué? Ellos veían perfectamente porque vieron con mucha claridad el fruto que comieron. Pero ahora sus ojos habían sido abiertos a su condición de pecado; ahora veían lo malo que habían hecho y sentían algo que nunca antes habían experimentado: culpa y vergüenza. Se dieron cuenta de que habían sufrido un profundo cambio al quebrantar la ley de Dios. Ahora todo era diferente entre ellos y en su relación con Dios.

Lo que hicieron fue lo que nosotras comúnmente hacemos cuando hemos pecado. Buscamos remediarlo en nuestras fuerzas, en nuestro entendimiento, y tratamos de ocultar que hemos pecado cubriendo nuestra «desnudez». Lo que quiero decir es que buscamos la salvación por nosotras mismas.

Consciente o inconscientemente suponemos que si hacemos más buenas obras, nos portamos mejor o quizás si lo ocultamos, fingimos olvidarlo y hacer como si no hubiera pasado, quizás en realidad no pase nada. Y al igual que Adán y Eva, cosemos hojas de higuera para cubrirnos, para tapar nuestra verdadera condición y para que nadie se dé cuenta, pero hay alguien que todo lo sabe.

«Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se

escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto».

Génesis 3:8

Todas hemos estado en esa situación en la que sabemos que no hay remedio y que tenemos que ir a Dios, cuando el Espíritu Santo que habita en nosotras nos convence de pecado y *escuchamos* a Dios que nos llama a Su presencia, ¿no es cierto?

Adán y Eva oyeron a Dios y sabían que estaba presente. Al estar conscientes de lo que habían hecho y de que desobedecieron a Dios, se escondieron de Él entre los árboles del huerto. Nosotras hacemos lo mismo. Nos alejamos de Él y dejamos de orar, de congregarnos y de leer la Biblia. Nos vamos escondiendo cada vez más, cosemos hojas de higuera y nos olvidamos de lo que dijo el salmista: «A dónde me iré de tu Espíritu? ¿y a dónde huiré de tu presencia?» (Sal. 139:7).

Eso que experimentamos cuando pecamos, esa lejanía que sentimos, empezó en el Edén. Adán y Eva habían distorsionado la imagen de Dios en ellos. Se había dañado a causa del pecado. Esa intimidad que solían tener había sido rota y no podían estar delante de Él sin pesar, culpa y vergüenza. Ellos tenían la bendición de la vida eterna. Dios les había dicho de una forma personal y realmente clara que al comer de ese árbol ciertamente morirían. Al comer de ese fruto, la muerte entró al mundo.

Cuando pecamos y huimos, en el fondo creemos que no hay perdón, pero lo cierto es que no hay pecado tan grande

que Dios no pueda perdonar. Mientras nosotras nos alejamos, nuestro misericordioso Dios nos busca, como lo hizo desde el principio con nuestros primeros padres:

«Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo:
¿Dónde estás tú?».

Génesis 3:9

Nuestro Dios es un Dios de misericordia, restauración, perdón y redención. Él llamó a Adán. Él buscó a Adán y le dijo: «¿Dónde estás tú?». Ese llamado muestra el gran amor que Dios tiene por Su creación. En algún momento me pregunté, ¿por qué cuando ellos pecaron no solo los eliminó por completo haciendo un hombre y una mujer nueva, sin errores, y sin la capacidad de pecar? Pero no fue así porque «misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia» (Sal. 103:8). ¡Nuestro Dios es grande en misericordia y amor!

Al llamar a Adán le estaba dando la oportunidad de arrepentirse. Él sabía que ellos habían quebrantado Su ley, que habían desobedecido y que ahora estaban en pecado. Sin embargo, antes de derramar Su ira contra ellos, les llamó a Su presencia y es como si le dijera a Adán: «Adán, hijo mío, ¿por qué te escondes? Ambos sabemos que has desobedecido, que has pecado y que habrá una consecuencia. Ven, conversemos». Eso me hace pensar en nuestros hijos. Cuando sabemos que han desobedecido, y vemos que vienen con sus ojitos tristes y cabizbajos, antes de corregirlos y disciplinarlos

démosle la oportunidad de que hablen, de que confiesen lo que hicieron, lloren su arrepentimiento y pidan perdón a Dios. Adán respondió al llamado de Dios así:

«Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí».

Génesis 3:10-13

Dios estaba dándole la oportunidad de arrepentirse y de confesar su pecado, pero la imagen en Adán y Eva ya no era la misma que tenían en un principio. Ahora ellos buscarían su bienestar y cubrir sus faltas antes de quedar mal, incluso con Dios. Ninguno asumió su responsabilidad, sino que culparon a otro. El diseño divino con el cual habían sido creados, los roles que sabiamente Dios les había asignado, así como las funciones que tenía cada uno, habían sido dañados a consecuencia del pecado.

«A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti. Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te

mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás».

Génesis 3:16-19

El pecado distorsionó el diseño del hombre y de la mujer. Dejó de ser perfecto, todo cambió y aun hoy vemos las consecuencias. Las consecuencias en la mujer tienen que ver con su rol asignado. Ella ahora sufrirá dolor al tener a sus hijos, dejará la docilidad y no querrá sujetarse a su esposo, sino que comenzará a querer enseñorearse de él y usurpar su lugar. El pecado también dañó al varón. El diseño protector y guardador de su mujer cambió por abuso, rechazo y falta de atención. Dejó de ser proveedor y olvidó su lugar como cabeza del hogar. Antes labraba la tierra y le daba comida sin esfuerzo, pero ahora tendría que trabajar arduamente para conseguir su alimento.

Ellos tenían todo para ser felices, para vivir eternamente en plenitud y en la presencia de nuestro Dios. Esto me hace reflexionar en cuán sencillo es creer a una voz, a una tentación o a un pensamiento que nos señala que quizás podría ser mejor como el mundo lo hace, como nuestra mejor amiga indica o como la filosofía y la cultura dicen que es mejor, y no pensamos en las consecuencias. No es sino hasta que cedemos a la tentación y pecamos que entendemos que todo eso no da la

felicidad que prometía. Al contrario, trae dolor, frustración, miseria, culpa e infelicidad. Y sí, daña y afecta directamente nuestro matrimonio, nuestra maternidad y nuestras relaciones con los demás seres hechos a la imagen de Dios.

Sin embargo, no todo acaba allí. Aunque el pecado ha dañado la imagen de Dios en cada uno de nosotros, todavía hay esperanza. Nuestro Dios no nos deja a la deriva porque sabe que nosotras no podemos hacer nada para remediarlo ni para salvarnos de la consecuencia del pecado. Nosotras no podíamos (ni podemos) limpiarnos a nosotras mismas y vivir una vida en santidad. Nuestra única esperanza la encontramos en Él, en Su Palabra, en el evangelio y en Cristo Jesús.

Eva fue engañada por la serpiente, por Satanás, y así sigue siendo hasta el día de hoy. Pero desde ese entonces Dios ya había preparado nuestra salvación y nos mostró lo que acontecería para nuestra redención.

«Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar».

Génesis 3:15

La simiente de la mujer es nada más y nada menos que nuestro Señor Jesucristo. En ese verso encontramos la primera proclamación del evangelio de la gracia de Dios. La obra redentora de Cristo, la cual se cumplió en la cruz del calvario donde Cristo venció a la serpiente, es decir, a Satanás.

Estamos tan agradecidas a Dios porque no nos dejó hundidas en el pecado. Gracias a Dios por Cristo. Todo eso tan terrible que sucedió al pecar en el huerto del edén y que también nos afecta a nosotras no es para siempre. Dios entregó la promesa de la redención, es decir, que no nos dejaría muertas en nuestro pecado y que cubriría nuestra desnudez tal como lo hizo con Adán y Eva. Ellos cosieron hojas de higuera, pero Dios nos mostró la incapacidad que tenían para salvarse a ellos mismos y para cubrir su pecado y desnudez.

«Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió».

Génesis 3:21

Dios los vistió. ¿Puedes imaginar la escena? La creación en la que se deleitaba, Sus hijos, le habían desobedecido, habían quebrantado Su ley, escuchado la voz que no era de Él y rebelado contra Él. Y no solo eso, sino que también quisieron ser como Él, huyeron de Su presencia y, no obstante, Él los llamó en amor dándoles la oportunidad de arrepentirse de su pecado. El Señor les dio a conocer las duras consecuencias por quebrantar Su mandato, y aun así les dio la promesa de redención. Él cubrió su desnudez con túnicas de pieles de algunos animales inocentes que fueron sacrificados, lo cual nos deja percibir un atisbo de lo que acontecería en la cruz del calvario cuando Su Hijo Jesucristo llevara sobre sí nuestra propia desobediencia, nuestro pecado y nuestra desnudez.

Sí, Cristo nos ha librado de la esclavitud del pecado que nos tenía presas sin posibilidad alguna de salir libres por nosotras mismas. Nosotras no podíamos salvarnos, no podíamos más que huir de la presencia de Dios y merecíamos la muerte (Rom. 6:23). Pero Cristo se ofreció a sí mismo para ser nuestro Redentor. Es decir, para pagar el rescate de nuestra vida dándonos libertad y vida eterna. ¡Es el mejor regalo que pudimos haber recibido cuando lo que merecíamos era la muerte!

Cristo nos dio libertad del pecado al arrepentirnos y depositar nuestra fe en Él. Ya no somos más esclavas del pecado. Ahora vivimos para amar y agradecer a Dios por medio del Espíritu que nos ha dado. Gracias a Dios porque en Cristo tenemos redención: el perdón de los pecados (Col. 1:14).

Al obtener esa salvación tan grande también hemos recibido al Espíritu Santo, quien mora en nosotras y nos ayuda en nuestra santificación. Es decir, estamos siendo transformadas día tras día, y cada vez más, a la imagen de Cristo.

«Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu».

2 Corintios 3:18, LBLA

A través de Cristo la imagen que el pecado distorsionó puede ser restaurada. Hay un cambio de corazón y con ello podemos abrazar el diseño que Dios nos dio desde un inicio. Con

Su ayuda lograremos vivir para Su gloria un día a la vez, en nuestro rol de mujer, esposa, madre y ama de casa. Él nos capacita y también nos fortalece para poder ser una esposa que glorifique Su nombre. No una esposa perfecta, sino una esposa que le ame y honre dentro y fuera de casa, y con ello restaurar nuestra relación dañada por el pecado solo por Su gracia.

Si hoy te has dado cuenta de que te dejaste engañar por esas voces que te decían que hacerlo a la manera de ellos era lo mejor, si te alejaste del diseño divino, hermoso y perfecto que Dios nos dio solo para llenar las falsas expectativas de un mundo sin Dios, si has puesto tu identidad en la maternidad y no en Cristo, no te escondas. No cosas hojas de higuera.

Recuerda que en Cristo hay perdón y restauración. Él pagó por nuestra vida y hoy sigue buscándonos. Si te has alejado de Él tal vez sin darte cuenta, hoy es un buen día para decirle:

Señor: sí, he pecado y necesito tu perdón. Ayúdame a ser la mujer que debo ser, la madre que mis hijos necesitan y la esposa que mi esposo requiere para cumplir Tu propósito en su vida. Ayúdame a amarte más y a depender de ti cada día de mi vida, porque lejos de ti nada podré hacer (Juan 15:5). Ayúdame a glorificarte en mi maternidad, en mi matrimonio y como hija tuya. En Cristo Jesús, amén.

PARA REFLEXIONAR

REFLEXIÓN PERSONAL

Has conocido la forma en que las *voces* de esta cultura buscan seducirnos para ser como el resto del mundo. Es probable que hayas descubierto algunos ídolos en tu corazón y, sin duda, has conocido cómo es que inició toda la distorsión en tu rol y la promesa de salvación en Cristo.

En oración y con convicción examina tu propio corazón y responde de manera personal:

Lo que no debo olvidar

Lo que debo orar

Lo que debo hacer

Lo que no debo hacer

PARA CONVERSAR EN GRUPO

Es enriquecedor cuando conversamos y compartimos en grupo sobre lo que hemos aprendido de Dios.

1. La cultura feminista en la que vivimos busca hacernos sentir infelices en el rol que desempeñamos en nuestro hogar con el fin de seducirnos y actuar como ellas creen que es lo mejor. ¿De qué maneras podemos responder a esas enseñanzas que nos bombardean todo el tiempo?
2. Comenta en tu grupo si has cedido alguna vez a esas voces que buscan engañarnos o confundirnos. Si fue así, ¿cuáles fueron las consecuencias? ¿Pudiste contrarrestarlas y salir de ellas para comenzar a vivir tu diseño divino en plenitud? Si aún no logras salir por completo de ellas, no dudes en pedir ayuda en oración y acercarte a una mujer con más madurez espiritual para que pueda ser tu mentora durante este proceso.
3. El pecado distorsionó el diseño de Dios para el hombre y la mujer. Responde a esta pregunta con todo el grupo: ¿qué distorsiones has logrado identificar en ti y qué cambios has decidido hacer para corregirlas?
4. ¿De qué manera el evangelio ha cambiado la forma de verte a ti misma y a tu esposo?

VERSÍCULO CLAVE

«Cuando la mujer vio que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y que el árbol era deseable para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido que estaba con ella, y él comió».

Génesis 3:6, LBLA

El molde de este mundo siempre nos quedará justo, nos ahogará y minimizará porque no fuimos creadas para vivir encasilladas a la forma de pensar de otro ser mortal. Fuimos creadas para vivir en libertad con el Único ser que es capaz de llevarnos a vivir plenas en la eternidad.